

LA CRÓNICA

Un patriota franquista

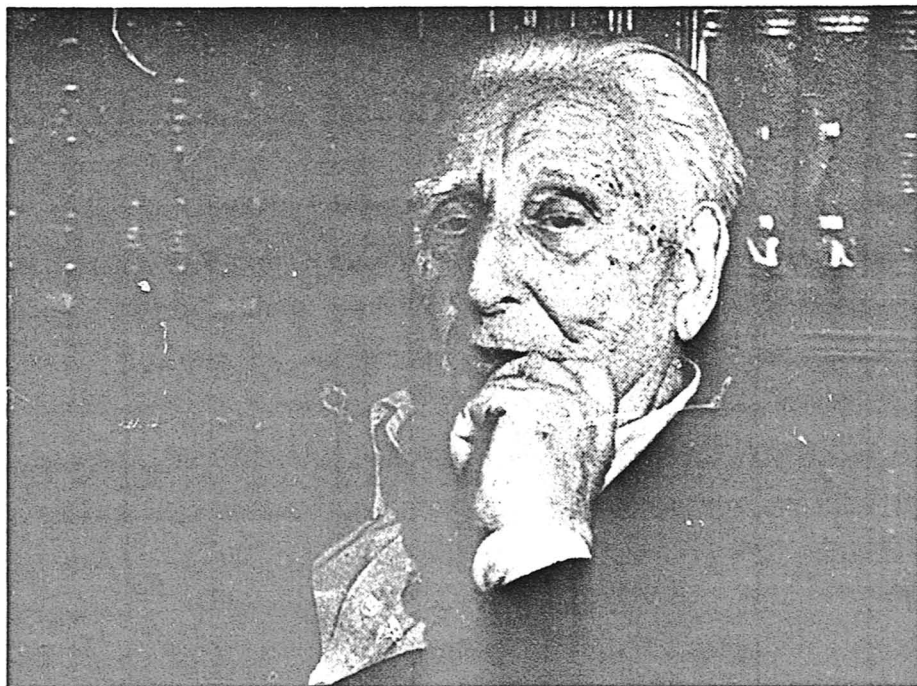
ARCAJÍ ESPADA

Durante una de las estancias de Franco en Barcelona —numerosas y teñidas de éxito popular, contra lo que parecer pudiera—, José María de Porcioles le agradeció en público la cesión a la ciudad del castillo de Montjuïc. En su discurso incluyó una estrofa de la *Oda a Barcelona*, de Jacint Verdaguer: "Quan a la falda et miro de Montjuïc assegurada...", y bastó ese derrame lírico para que al acabar la ceremonia uno de los invitados le espetara: "¿Está usted autorizado a hablar en catalán delante de Franco?". Porcioles, según parece, no se inmutó: "Siempre he tenido esa autorización del jefe del Estado. Pero, además, me bastaría el solo hecho de ser español para tenerla".

La anécdota la explica el alcalde en sus memorias póstumas, *Mis memorias* (Prensa Ibérica), que acaban de publicarse, y es muy reveladora del punto de vista que guió su acción política y, en consecuencia, del punto de vista desde el que ha sido escrito este libro. Él fue un catalanista que respondía al remoto axioma "catalán, a fuer de español; español, a fuer de catalán", axioma que resulta prácticamente incomprensible para una sensibilidad contemporánea, pero que antes de la guerra civil fue válido —con puntuación enfática diversa— para gentes como Joan Maragall, Francesc Cambó o Agustí Calvet, *Gaziel*. Un axioma que al final del largo franquismo apareció arrancado de cuajo.

Porcioles escribe vinculado a esa sensibilidad política. Y escribe para demostrar que el totalitarismo y la práctica catalanista no fueron incompatibles —es decir, que el franquismo fue un régimen *contra* la democracia, pero no necesariamente un régimen *contra* Cataluña—. Y escribe para defenderse: su labor de 17 años al frente de la alcaldía no tuvo otro tema que el de "anudar los hilos de la personalidad de Barcelona y Cataluña, desflecados durante la guerra civil; personalidad —continúa, y esto es clave en su pensamiento— que había contribuido a anular también el marxismo".

Acabadas de redactar en 1991, deslavazadas, editadas de manera algo precaria (las notas a pie de página son sólidas —las ha hecho Rafael Manzano—, pero para un texto así el índice onomástico es imprescindible), estas memorias, escritas en un clima cultural y político fuertemente nacionalista, quieren demostrar que el porciolismo fue un patriotismo. El más rentable. El único posible. Y en este sentido, desvalorizan el sonsonete con que cierta historiografía ha juzgado la obra de Porcioles en su vertiente catalanista, reduciéndola a un mero pintoresquismo. La compilación del derecho catalán, la Gran Barcelona —decir que el *barcelonismo* era un *anticatalanismo* re-



SILVIA T. COLMENERO

José María de Porcioles ha dejado escritas sus memorias.

sulta a estas alturas olímpicamente insostenible—, la instalación del Museo Picasso o de la Fundación Miró, incluso gestos simbólicos como el cambio de fecha de los Premios Ciudad de Barcelona —Lluís de Carralt lo instituyó el 26 de enero, fecha de la entrada de las tropas franquistas en la ciudad— o la reanudación de los Juegos Florales no parecen asuntos pintorescos.

El único cielo

Sin embargo, el cielo patriótico es el único al que su autor aspira. La única redención. Así, el franquismo, en estas memorias, es un mero paisaje. Y es ahí, justamente, donde este libro presenta su peor cara. Y no sólo porque despache en pocas y malhumoradas líneas la crítica de la izquierda a su gestión, emblemática por el informe de la revista *CAU* o el libro de Martí i Moreno *Barcelona, ¿adónde vas?*, textos que leídos después de 20 años revelan lo extraordinariamente difícil que era sacar agua clara de la corrupción en el franquismo. No, no es eso lo fundamental: el problema es que el franquismo aparece como un telón de fondo inexorable, pero el lector no logra en ningún momento aproximarse a su naturaleza. El testimonio de Porcioles sobre la sociedad franquista barcelonesa, sobre su lógica, sobre sus familias, sobre sus pactos, hubiera sido de una importancia fundamental. Nadie espere sobre ello la menor

noticia. Ni sobre la raíz y la anécdota de los enfrentamientos durísimos que el autor tuvo con Felipe Acedo Colunga —todopoderoso gobernador civil—, donde probablemente están metafóricamente resumidas algunas claves de la evolución primera y local del franquismo; ni mucho menos sobre la trama que ligaba una de las más poderosas notarías barcelonesas —la suya— con el Banco Condal y el desarrollo de Barcelona; ni sobre el papel que desempeñaron personajes claves de la sociedad de su tiempo —como Mariano Calviño de Sabucedo y Gras o Andreu Ribera Rovira, para poner dos ejemplos— en múltiples conflictos opacos; ni, en fin, una palabra siquiera sobre su alianza con López Rodó, trascendental para Barcelona, de la que se dan muy pocos detalles.

Evidentemente, la descripción pormenorizada de este paisaje le hubiera traído algún conflicto al memorialista. Pero las memorias o anudan conflictos y desgarros o su tema profundo, el yo golpeado por el tiempo, se pierde. Es comfortable dar por enterada la adhesión a un sistema cuya naturaleza —perversa— no se describe. Si además se demuestra que la patria —enorme cobijo— era compatible con el sistema, miel sobre hojuelas. Era un patriota —lo sabemos—, pero era también un franquista. Y de esa especie —los franquistas catalanes—, mucho más abundante de lo que suele creerse, seguimos sabiendo poco.

Juzg
un p
mat
sin r

La Au
ayer a
ciudad
por hal
Geron
ministe
años de
lito de
aplicar
alienaci

Los
de ener
ción de
do el m
aparent
65 años
como c
recibida
estado

ció el p
Abdo
inmedia
tonces
obrado
elimina
Ayer, sin
dar nada
religión
nadie. E
tamiento
sión de
tante q

consecu
que Alá
delkade
árabe as

Según
el proce
zofrenia
tipo rel
añadir
vas". L
hechos,
ción po
kader n
actos. L
pedido
homicid

Una
origi
a pu
vecin

CARLO
Una di
con la m
Badalon
la noche
dez, de
de las p
cuñado.
to hom
disposic
facilitad

En el